

La novia lejana

Palabras en tránsito / 11



LIBROS DE LA VORÁGINE

Stella Benson



La novia lejana

Traducción de Mario Ortega
& prólogo de Marcela Rivera

*Ilustración de cubierta
de Catherine Clemençon*



LIBROS DE LA VORÁGINE

The Far-Away Bride, New York, 1930 /

Tobit Transplanted, London, 1931

Traducción: Mario Ortega

Ilustración de cubierta: Catherine Clemençon

Prólogo: Marcela Rivera

Edición: Lucho Tapia

ISBN: 978-84-120736-7-6

Depósito Legal: B-8431-2025

Impreso en España / Printed in Spain

Algunos Derechos Reservados. Este libro se puede copiar, prestar, leer en público o en privado, a viva voz y en susurros, transmitir por medio de cualquier aparato electrónico (o no) existente o todavía por inventar, y en realidad usar de cualquier manera siempre y cuando ese uso no sea comercial.



Índice

Leer, dejar entrar el aire / Marcela Rivera	9
Nota introductoria / Stella Benson	15

La novia lejana

<i>I</i>	19
<i>II</i>	35
<i>III</i>	47
<i>IV</i>	61
<i>V</i>	77
<i>VI</i>	99
<i>VII</i>	119
<i>VIII</i>	141
<i>IX</i>	167
<i>X</i>	195
<i>XI</i>	221
<i>XII</i>	239
<i>XIII</i>	267
<i>XIV</i>	293

Leer, dejar entrar el aire.

«Con un deseo que nada puede vencer». La poeta Niki Giannari dice que así se desplazan los emigrados, atravesando las fronteras del conformismo, recorriendo con ojos insumisos los parajes de la historia. Son cuerpos que saben de movimiento, de aromas y texturas de otras tierras, de viajes a lo desconocido. Seres que han aprendido a vérselas con duelos sin terminar, a trastabillar entre las pérdidas y el desarraigo, a reanudar el camino ejercitando el arte de aligerar el paso. Stella Benson es una de ellos. Una aventurera que narra su existencia trashumante de manera excepcional. Es ese deseo indomable abriéndose paso el que la lleva a viajar de Londres a Estados Unidos, donde ejerció como tutora en la Universidad de California y formó parte de una comunidad bohemia en San Francisco. Luego, en 1920, vendrá su estancia en la India, en la que encuentra a su amiga Cornelia Sorabji, la primera mujer graduada en la Universidad de Bombay, que a pesar de sus estudios en derecho en Oxford no sería reconocida como abogada litigante hasta que la ley que prohibía a las mujeres ejercer fuera cambiada en 1923. Benson, de ánimo inquieto e ímpetu sufragista, compartía con Sorabji la perseverancia en la lucha por los derechos legales de las mujeres, como muestra, entre otras acciones militantes, la campaña que lidera en el Hong Kong de la década de 1930 contra el tráfico de mujeres de la China rural obligadas a ejercer la prostitución. Deseo y coraje se enlazan en Benson otra vez, como evidencia este último dato, encontrando un nuevo rumbo hacia el Lejano Oriente, donde trabajó en una escuela misionera y en un hospital estadounidense en China. Allí conoció a «Shaemas», James O’Gorman Anderson, su futuro esposo, con el que se traslada en 1925 a Lung Ching Tsun, en la provincia de Kirin, Manchuria. Este remoto puesto, frente a Vladivostok, es el lugar que rodea a Benson mientras escribe su novela *The Faraway Bride*, publicada en Estados Unidos en 1930, que aparecerá luego en

Inglaterra con el título *Tobías Transplanted* (1931). El lector, la lectora de *La novia lejana* tendrá presente, por tanto, que este libro nace de la mano de una escritora que se aventura en territorios inexplorados, como lo hace la imaginación cuando hurga entre lo posible para que la vida respire.

Un río, un camino, una frase, un amor, son cosas que se siguen, por eso acaso la mayor parte de la vida de Benson transcurrió a bordo de barcos, en hoteles, entre grupos de expatriados en rincones apartados del mundo. Pero ella no solo exploró territorios ignotos; hurgando en su interior, encontró la vía para salir fuera de sí misma. Desestimando la sentencia que sostiene que el mundo real es todo lo que existe, se forjó una vida suplementaria en la fantasía, convirtiendo los exiguos o amargos bocados de los días —enfermedades, desilusiones, imposiciones— en un festín de detalles, acontecimientos y sensaciones. Su vida imaginaria fue su remanso, su fiesta, aquello que le permitía sustraerse a las constricciones impuestas tanto por su historia familiar (la ausencia de su padre, la sobreprotección de su madre, las preocupaciones económicas), así como también a la enfermedad que en 1910, teniendo 18 años, la obligó a pasar 18 meses convaleciente en un sanatorio. Así describía Benson a los 15 años, en una anotación de sus Diarios, su propensión a perderse en sus pensamientos viajeros: «No sé si otras personas son como yo, teniendo un mundo imaginario lleno de personas imaginarias a las que, en cada momento libre del día, regresan mis pensamientos. Supongo que es infantil, pero se ha vuelto absolutamente indispensable para mí». A pesar de sus «recuentes, dolorosos, debilitantes y potencialmente mortales episodios de bronquitis, pleuresía e infecciones sinusales», según describe Jill Benton en una nota biográfica incluida en *Women in World History*, Benson se sobrepuso tanto a la enfermedad como a su sordera parcial, e igualmente a los infortunios de la Gran Guerra —«es horrible sentir que en algún lugar hombres estúpidos y heroicos están muriendo, tan mudos como bestias», anota en su diario—, no privándose nunca de su pasión por el viaje y por la escritura: vivió y trabajó en las Indias Occidentales, California, China, India, Hong Kong y Vietnam (muere en 1933 en Indochina, a los 40

años); escribió ocho novelas y varias colecciones de cuentos, junto con dos libros de viajes, tres colecciones de poemas, además de una abundante correspondencia con sus amistades. Los cuarenta y un diarios que llevó desde los 10 años hasta su muerte, escritos en cuadernos sencillos que viajan con ella de continente a continente, muestran cuán singular fue su vida. En ellos Benson enumera lo que está leyendo (Jane Austen, Dickens, Kipling, Stevenson, están entre sus escritores favoritos), esboza perspicaces e ingeniosas reflexiones sobre la sociedad de su tiempo y sobre la condición humana, y se ejercita en la atención al detalle que le permitió plasmar en sus relatos la diversidad de costumbres y existencias, humanas y no humanas, que pueblan el mundo. Su compromiso intenso con la vida la llevó a desprenderse del corsé que le imponía su papel de «esposa colonial», volcándose a la celebración de las diferencias y al desmontaje de los estereotipos imperantes con una inusitada mezcla de agudeza, sensibilidad, imaginación y alegría. Benson se propuso siempre, de alguna manera, sonreír, y sobre sus lectores hace recaer el particular influjo de las potencias emancipatorias del humor. Podrían ponerse en su boca las palabras de la bruja de su novela *La casa de los solitarios*: «esta habitación apesta a inteligencia para cualquiera que venga de fuera. ¿Le importaría que bailase un poco para refrescar el ambiente? (*Do you mind if I dance a little, to move the air about?*)». Dejar que el aire entre podría ser la divisa que condense el gesto con el que la escritura de Benson, entremezclando fantasía y realismo, inteligencia y humor, viene a sembrarse en nuestro corazón lector. Reír, bailar, abrir ventanas: de la lectura de Benson, incluso cuando sus textos nos hablan de dolores, exilios o soledades, se sale con ánimo ligero.

Respecto de su última novela, *La novia lejana*, vale la pena recordar que Benson la consideraba su libro más logrado. No en vano ganó la Medalla de Plata de la Royal Society of Literature, así como el Prix Fémina Vie Heureuse en 1932. Profundamente atenta y compasiva con la difícil situación de los emigrados, Benson retomó algunos de los hilos narrativos de la historia bíblica del Libro de Tobías, perteneciente al Antiguo Testamento, que cuenta las experiencias de una familia israelita durante el exilio en Nínive, para crear un relato

acerca de la vida de los rusos blancos exiliados en Manchuria y Corea, después del levantamiento de 1917. Un padre (Tobías —el viejo Sergei Malinin) que profesa fidelidad a las leyes de Dios, perseguido por dar sepultura a los compatriotas muertos que nadie reclama en tierra extranjera, y que enceguece, literalmente, en la tarea. Una madre (Ana—Anna) que tiene que trabajar de tejedora para sostener a su familia tras el incidente. Un hijo (Tobías—Seryozha) que viaja a recuperar el dinero que su padre dio en préstamo a un amigo hace veinte años. Un guía-ángel (Azarías—Wilfred Chew) que conoce la ruta y lo acompaña en el camino. La hermosa joven (Sara—Tatiana Pavlovna Ostapenko), hija de un hombre honorable, que carga con el estigma de contar con siete pretendientes desgraciados por no poder consumar su matrimonio: «siete tañidos de corazones rotos como las cuerdas crepitantes de un laúd ruso». En las imprecaciones que le espeta Katia, la criada de la familia Ostapenko, a Tatiana, puede entreverse cómo Benson enhebra con maestría una aguda crítica social con una benévola exposición de la fragilidad humana:

«Déjame decirte lo que es el matrimonio, Tatiana Pavlovna: es tan sólo levantarse de la cama, hacer tres comidas, y volver a la cama otra vez. Las mujeres no pueden huir de eso, a menos que sean monjas (...) Que una mujer no conozca su deber, eso enloquece a un hombre, es como apuñalarle, convierte su amor en bilis».

Y entonces, la bella Tatiana, que recibe la noticia del suicidio de Sasha, uno de sus últimos pretendientes, por boca de su padre acongojado, se nos presenta con los rasgos de una chica, probablemente autista, que amplía con su diferencia nuestra percepción del mundo:

«En realidad, por el suicidio de Sasha sentía un dolor ni más grande ni más pequeño que por el de su dedo quemado, pero de ambas molestias se olvidó al instante; su atención se había fijado en el soleado jardín, en la chaqueta de su padre colgada del respaldo de una silla; en la arenilla menuda de los senderos, en las sillas y mesas; en los armarios grandotes para los corpulentos cuerpos

rusos que tanto desentonaban en aquella casita japonesa, todo delicadeza, de suave colorido blanco y oro, pesados armatostes en un cubo de aire fresco y ligero».

El modo excepcional en que Benson bosqueja la trama afectiva de sus personajes, y a su vez desmonta el imaginario de la discapacidad como falta o disfunción, presentándola con el rostro de Tatiana como un sutil contrapoder, hace que deseemos seguir leyéndola, aprendiendo y disfrutando de su forma de agitar el aire de los lugares cerrados con el movimiento de su pluma.

Nota introductoria

Una relectura de los libros apócrifos, mientras vivía en Kanto, Manchuria, hace algunos años, me pareció mostrar un paralelismo curiosamente exacto entre la posición de los judíos exiliados en la época de Tobías y la de los rusos blancos exiliados en la nuestra. Incluso la mayoría de los detalles de la historia de Tobías, me pareció, podrían leerse como una referencia —sin que resulte irrelevante o improbable— a las aventuras de una familia de refugiados rusos blancos.

Ahora me resulta difícil leer el *Libro de Tobías* con imparcialidad. Quizá las relecturas demasiado frecuentes han desenfocado el libro a mi parecer, y tal vez he identificado demasiado a mis rusos con los antiguos judíos. Ciertamente, la narrativa complaciente del viejo Tobías me deja la impresión de que escribió las experiencias de su familia como le habría gustado que sucedieran, en lugar de como realmente ocurrieron. La insistencia —en parte tácita— de Tobías en los motivos de «te lo dije» y «papá siempre sabe más» sugiere un melancólico relato de autocompensación, más que un registro impersonal de hechos, y su concepción de la orientación exclusivamente filial de su hijo hace que un lector moderno se pregunte si unos pocos miles de años pueden marcar tanta diferencia en la naturaleza juvenil humana.

Este *Libro de Tobías* me parece, en efecto, la versión en exclusiva de Tobías de lo que debió de ser una historia polifacética. El viejo Tobías era el centro de su imagen, como el viejo Sergei en mi libro hubiera querido ser el centro de la suya. Mi narrativa descarta este sesgo patriarcal.

En cuanto al escenario de mi historia, mi amigo, el difunto sir Valentine Chirol, y mi marido, J. C. O. G. Anderson, me han proporcionado amablemente datos de su superior conocimiento para complementar y explicar mis propias observaciones, ignorantes de

la desconcertante confusión de lenguas y nacionalidades en medio de la cual he ambientado mi historia. Esta confusión es un lugar común en la vida de Manchuria, pero puede parecer fantástica para los lectores que no están familiarizados con esa parte del mundo.

Kanto, la parte de Manchuria en la que viven mis Malinin, es el nombre japonés de un territorio del tamaño de Gales, en el extremo más meridional de la parte oriental de Manchuria. Al sur está Corea; al este, la provincia marítima de Siberia rusa y Vladivostok, que lo separan del mar; y al norte y al oeste, el resto de Manchuria.

Aunque Kanto forma parte de la Manchuria china, está poblada principalmente por coreanos. El siguiente grupo más numeroso son los chinos; luego, los japoneses, y, por último, una pequeña cantidad de rusos. No incluyo aquí a los pocos misioneros europeos y estadounidenses, que no son residentes permanentes.

En los tiempos en que Corea era una dependencia tributaria de China, la frontera exacta entre ambos no era un asunto de gran importancia y probablemente nunca estuvo claramente definida. Sin embargo, en 1909, con la anexión japonesa de Corea (1910) a la vista, China y Japón firmaron el Acuerdo de Chientao (o Kanto), que establecía lo que pronto sería la frontera entre los dos países.

Este acuerdo otorgó Kanto a China, aunque los coreanos constituían una enorme mayoría de la población. La razón de esta cesión en apariencia ilógica fue, sin duda, que el río T'umen, al norte del cual se encuentra Kanto, ofrecía una excelente línea fronteriza natural desde el punto de vista militar y geográfico, ya que las reivindicaciones étnicas no tenían en aquellos días el peso que han adquirido desde entonces.

Las decisiones gubernamentales no afectaron, y no han afectado hasta hoy, el desarrollo de Kanto por parte de los coreanos. La fertilidad del suelo y la prosperidad de los residentes coreanos originales han atraído, y siguen atrayendo, a un gran número de inmigrantes desde la orilla sur del río, es decir, de Corea propiamente dicha.

El hecho de la soberanía china explica suficientemente la presencia de chinos en Kanto. Pero aquí, y en ningún otro lugar de

Manchuria, son una minoría. La mayoría de ellos viven allí como funcionarios territoriales, comerciantes e intermediarios o viajan como agentes y vendedores ambulantes, conformándose con dejar la mayor parte del trabajo de la tierra a los coreanos.

El millón y pico de inmigrantes chinos que cada año llegan a otras partes de Manchuria —principalmente de las provincias de Shantung y Hopeh— aún no han penetrado en grandes cantidades en este remoto rincón y siguen siendo absorbidos por las vastas y fértiles extensiones de tierra sin cultivar al oeste y al norte, que les quedan más cercanas a su hogar.

La ausencia, o aparente ausencia, de manchúes en lo que parecería ser su tierra natal, Manchuria, se explica porque, aunque en su momento fueron conquistadores de China, la civilización superior de esta terminó asimilándolos. Los manchúes adoptaron en gran medida la lengua y las costumbres chinas, y hoy se han vuelto, salvo en unas pocas regiones remotas, casi indistinguibles de los chinos.

Los japoneses, que ahora son los señores de Corea, son vecinos cercanos de Kanto. Por ello, en las ciudades de Kanto se encuentran consulados, hospitales y escuelas japoneses, así como concesionarios japoneses de minas y ferrocarriles, además de un considerable número de comerciantes. La moneda japonesa casi ha desplazado el uso del dinero chino.

Siempre ha habido un cierto número de rusos en Manchuria. La Rusia imperialista acarició durante mucho tiempo sus planes sobre este país rico y práctico. Incluso después de que esas esperanzas fueran derrocadas por la derrota rusa a manos de los japoneses, se mantuvieron establecimientos oficiales rusos en muchos centros de Manchuria y Kanto.

La Revolución Rusa de 1917 dejó a estas familias sin un lugar adonde ir, por lo que continuaron viviendo en Manchuria como en otras partes de China, subsistiendo con sus ahorros. A estos exiliados se unieron, poco a poco, los rusos blancos que ya estaban en Siberia. Entre estos primeros refugiados supongo que se cuentan mis Malinin y Ostapenko.

Estos exiliados aislados pronto fueron alcanzados por una avalancha de fugitivos rusos blancos —los restos de un ejército derrotado,

acompañados por miles de civiles— que se precipitaron en Kanto tras el colapso de la efímera República Blanca del Lejano Oriente en Siberia.

Muchos jóvenes rusos, en la época de esta historia, siguieron la línea de menor resistencia al unirse al ejército chino y participar en las guerras civiles del país, a menudo, pobres almas, para perder la vida imprudentemente en causas que no significaban nada para ellos.

La aldea de Chitao-kou es una imagen compuesta, sin contraparte exacta en la realidad. Cualquier referencia a individuos o asuntos locales —rusos, chinos, japoneses, coreanos o misioneros— es puramente imaginaria.

S. B.

El viejo Sergei caminaba delante. El único intercambio que su hijo, Seryozha, recibió durante más de veinte kilómetros fue la visión del cuello de su padre. La nuca del viejo Sergei, con pliegues como de acordeón, semejava el cuello de una tortuga, pero de forma más expresiva. Ese cuello hablaba del deber a punto de cumplirse, un deber despiadadamente desagradable. Era un cuello tozudo y demasiado articulado, pero, por supuesto, Seryozha estaba tan bien acostumbrado a él que no lo pensaba más que como el cuello de papá. Sabía, sin embargo, sin saber que lo sabía, que su padre estaba satisfecho de sentirse seguido por su hijo, que de mala gana le acompañaba.

El camino serpenteaba como el río, cruzándolo repetidas veces sin separarse mucho uno del otro debido a la estrechez del desfiladero; ni siquiera encontraban espacio para discurrir pacíficamente en paralelo, sino que se estorbaban mutuamente. Era como la irritación mutua del matrimonio. Pero era hermoso. El lado soleado del desfiladero estaba salpicado de risueñas florecillas; el lado sombrío mostraba su oscura hierba, con miríadas de gotas de agua, recuerdo de la recién pasada tormenta. El perro de Seryozha llevaba en el collar una flor azul que se le había enganchado casualmente y que parecía una mariposa de lindo color, inquieta y agitada.

Cada vez que tenían que vadear el río, Seryozha cantaba con energía. El agua veteada de azul y amarillo se amontonaba contra sus muslos; sus fuertes piernas zancudas eran como tijeras romas rasgando seda. La belleza de los altos acantilados, las colinas, la profusión de flores silvestres, pasaba inadvertida para Seryozha, que no se ocupaba sino de cantar con voz potente, aislado de todo el mundo vertiginoso que le rodeaba. Era un guapo mozo, alto, indomable, como una roca ante la tempestad, un pequeño dios encerrado en un rugiente universo privado.

—Estoy mojado —dijo el viejo Sergei, de pie, sentado sobre una piedra, desenrollándose los pantalones—. Estoy igual de mojado si me remango los pantalones que si los dejo como están.

—Entonces déjalos como están —dijo Seryozha, dándose la vuelta para disfrutar de la sensación del viento cálido a través de los pantalones mojados.

—Entonces se encogerán.

—¿Y qué? Tú mismo te estás encogiendo —respondió su hijo.

El viejo Sergei se bajó los pantalones con algo parecido a la petulancia. Era cierto que se estaba encogiendo. Pero tenía una buena opinión de sus pantalones; hacía tanto tiempo que no se movía entre hombres con pantalones de verdad, que pensaba que los suyos parecían unos de verdad. Se los había hecho Anna, su mujer; Anna le había cortado el pelo; Anna había adaptado sus zapatos de tela china. Era un anciano hecho en casa.

Seryozha observó, sin inquietud, cómo su perro le seguía valientemente a través del arroyo. El perro se precipitó a grandes saltos en las rápidas aguas y, tras revolcarse un poco, perdió pie. El agua lo hizo girar, lo envolvió y lo arrastró hacia abajo, pero el perro mantuvo la cabeza mientras perdía su dignidad y pudo dar forma a una especie de curso salvaje. Encalló, con la cola por delante y boca abajo, en un banco de barro, y se levantó y sacudió complacido, como si la travesía hubiera sucedido exactamente como pretendía. Sin embargo, había perdido la pequeña flor de su collar.

—Por aquí hay soldados —dijo Seryozha.

—¿Y qué? —respondió el viejo Sergei con una ligera contracción nerviosa en su voz—. Deben ser hombres de Li, ciertamente.

Aunque miró a los soldados al otro lado del río con una miopía angustiada. (Anna, su mujer, no sabía hacer gafas).

Los soldados chinos iban sentados en un carro manchuriano con cobertizo, que se balanceó, crujió y traqueteó en la curva opuesta hacia el río. La sacudida fue tal, al caer el carro desde la orilla hacia la corriente, que el golpetazo hizo que los hombres cayeran de espaldas unos encima de otros.

Este contratiempo arruinó, por supuesto, la precisión con que intentaron eludir el vado, y apenas habían recuperado su asiento cuando la corriente arrancó las ruedas del carro. Los caballos, tirando en ángulo recto, eran su única ancla. Los cinco animales se esforzaron y arañaron las rocas sumergidas; algunos tropezaron, pero el caballo principal, el único que tiraba de los ejes, con sus fuertes hombros agitándose bajo el yugo ruso, salvó la situación.

Ese fue el precio que tuvieron que pagar. Todos los soldados finalmente rieron al llegar a la orilla. Los caballos agacharon la cabeza, resoplaron y suspiraron.

El viejo Sergei, Seryozha y los soldados se miraron unos a otros. Todos los soldados vestían uniformes de algodón gris hechos para hombres más grandes.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó un soldado, mirando el que Seryozha llevaba apagado, a medio consumir, detrás de la oreja.

Apenas quedaba de él más que la larga boquilla de cartón, pero los soldados se lo pasaron unos a otros; estaban acostumbrados a improvisar.

—¿Son ustedes ingleses? —preguntó el cabo después de escupir ruidosamente, como para demostrar que, lo que sea que ellos fueran, no valían gran cosa.

—No, somos rusos blancos... Tenemos una carta... —tartamudeó el viejo Sergei—. Somos amigos de su general, Li Lien-ching...

Se alegró mucho de que confundieran sus sensibles pantalones con unos pantalones estilo inglés.

Todos los soldados, en su peculiar manera china, se pusieron a comentar las palabras del viejo:

—Son amigos de Li Lien-ching... Hao hao... Narigones conocidos del general... El general Li los conoce, son narigudos... Tienen cartas... Son un viejo narizotas y su hijo, que dicen ser amigos de Li Lien-ching...

En pocos minutos se dieron cuenta de que dominaban la situación, y el cabo tendió la mano para que le dieran la carta del general Li.

La lectura de la carta duró mucho tiempo. Tenía un bonito borde rojo y negro y estaba embellecida, además, por unos cuantos

caracteres en negrita que expresaban la confianza del general Li en la integridad del viejo Sergei. Los soldados admiraron los gruesos caracteres de la firma de la autoridad militar, nuevos para ellos, y que todos copiaron en la palma de la mano para aprendérselos de memoria.

—¿Cuánto pagaste por la hebilla de tu cinturón? —preguntó magistralmente el cabo a Seryozha.

—Una rana pequeña —respondió Seryozha, que hablaba chino mucho mejor que su padre, tras haber vivido dos tercios de sus dieciocho años de vida en una aldea china—. Le di a otro niño ruso una pequeña rana verde domesticada con el estómago rojo por esta hebilla.

—Una rana pequeña... compró su hebilla por una rana... una rana por una hebilla... la rana fue cambiada por una hebilla... —repetían aquellas sencillas gentes, haciendo exclamaciones—. ¡Ja, ja! ¡Hao hao...! una hebilla por una rana... una rana por una hebilla... ¡Ja-ja!... ¡hao hao...!

—¿Adónde vas? —insistió el cabo, aguardando contra toda esperanza que esto pudiera suscitar otra broma, tal vez sobre ranas de nuevo.

—Vamos a ver si podemos ayudar a nuestros amigos —dijo el viejo Sergei, mirando a los soldados un poco dubitativo—. Algunos soldados rusos blancos del ejército de vuestro general Li fueron atacados cerca de aquí por los hombres de Chen, y algunos murieron y otros resultaron heridos, según hemos oído. Nos enteramos en Chitao-kou esta mañana. Vamos ahora a enterrar a nuestros muertos.

—Van a enterrar a sus muertos —comentaron los soldados sin dejar de reír, pues la muerte en China es una de las cosas que causan risa—. Van a enterrar a sus muertos... Los narizotas quieren enterrar a los narizotas... Ja ja... hao hao...

—Hay cuarenta li desde Chi-Ko-Kou hasta allí —dijo un soldado—. Deben haber caminado rápido. Los narigudos tienen piernas largas. Suban al carro. Vamos en su dirección.

—¿Sigue el ejército de Chen en la vecindad?

—No; no ha ido todo el ejército, solo una partida de hombres de Chen que ha tomado desprevenidos a los narigudos. Ya deben estar por lo menos a doscientos lis¹ de allí.

El viejo Sergeï y Seryozha iban sentados en el carro, con las piernas mojadas colgando sobre las ruedas, en fila con los tobillos curtidos de los soldados. La carreta avanzaba tambaleándose al son de un tintineo de campanas, un desgarrar de látigos y un gruñido de conductores. El camino se perdía entre peñascos. Se fundió durante kilómetros con el lecho del río en cascada.

El carro nunca tuvo las cuatro ruedas en el suelo a la vez. Las cabezas de los soldados chocaban entre sí; el hombro de alguien entró en violento contacto con la encía superior del viejo Sergeï.

Seryozha se dio pronto cuenta de que era más cómodo ir a pie y, de un salto, abandonó el carromato, tropezando por el sendero amontonado y desgarrado. Dejó atrás el pesado armatoste y, en una revuelta del camino, aguardó la llegada del vehículo.

Negros nubarrones se habían agrupado en lo alto del desfiladero y luego comenzó a llover a cántaros. Seryozha chorreaba agua y corrió a guarecerse en una ruinoso choza coreana, esperando la llegada del carro. Las laderas floridas ondeaban bajo las nubes voladoras. A lo lejos, una franja horizontal de cielo azul en calma se extendía como una cuerda tensa sobre el valle tormentoso.

El suelo de la choza era un lodazal salpicado de sacos rotos, harapos, pedazos de vasijas y otras inmundicias, consideradas inservibles hasta por los coreanos. Parte de la pared había caído, y la paja se hundía y goteaba. Junto a la puerta, un girasol inclinaba su enorme flor, como una chata cabezota que quería atisbar en el interior. Había un olor a humanidad sucia, mezclado con el de los caballos y la hierba mojada.

El joven, desde la puerta, contemplaba la pendiente ventosa cubierta de robles y azaleas magenta. En una esquina de la choza

1 El li es una unidad de longitud tradicional china que en la actualidad se ha estandarizado en 500 metros, aunque históricamente su valor osciló considerablemente entre distancias algo menores y mayores según los periodos.

había un horno coreano, con torcida chimenea, que amenazaba derrumbarse de un momento a otro, sostenida en aquella posición por un milagro de malabarismo y equilibrio. La boca del horno estaba llena de ceniza mojada. Detrás del horno, sobre un charco de barro rojo, sobresalía una mano muerta con la palma hacia arriba.

Seryozha la miraba sin hacer comentario alguno en su interior, tan solo registrando el hecho de estar en presencia de un hombre muerto. Un hombre muerto, nada menos.

Al cabo de unos segundos, en dos zancadas, se acercó. Era un barbudo soldado ruso, tumbado boca arriba. Gotas de lluvia se posaban en sus mejillas como lágrimas. Tenía los ojos abiertos, fijos en la bóveda celeste. No tenía fusil y se hallaba descalzo. Su vestimenta estaba desgarrada, sin botones ni correa.

«Qué curioso es que te roben y no te importe», pensó Seryozha, y al instante esto le pareció lo más sorprendente de la muerte: la pérdida del placer de la posesión.

Pensó en los bienes que él mismo amaba con tanta ansiedad: un hermoso pañuelo de seda, un cinturón a rayas con broche dorado con la cara de Jesús repujada, el jersey de colores, regalo de los misioneros ingleses, una piel de culebra con cabeza y todo, que guardaba en una cajita como un objeto de arte, una cinta que Sonia le había dado y su afilado formón con mango negro.

Le parecía inimaginable que estas cosas le fueran arrebatadas ante sus ojos abiertos e indiferentes. Así era la muerte.

La piel de serpiente dejaría de ser una maravilla para convertirse en un objeto solo para la basura.

«Oh, era capaz de resucitar para impedir que su madre utilizara el formón de mango negro como destornillador», pensó.

Aquel pobre hombre sabía seguramente de memoria hasta el último pliegue de sus botas: la pobreza significa tal intimidad entre un hombre y sus posesiones. Y ahora, aquel infeliz soldado no protestaba por tener sus pies completamente descalzos, embarrados, hinchados y llenos de callos.

Sus botas, despojadas de esa familiaridad que es el alma sagrada de las cosas, tentaban a que se las calzara un irreverente y posible ladrón.

Crujiendo y chirriando, llegó el carromato a la puerta de la choza. El viejo Sergei y los soldados se encaminaron hacia donde estaba el joven. Uno de los chinos pisó sin querer la mano del muerto y, al darse cuenta de ello, volvió a pisarla, como si fuera a comprobar si al hombre muerto le importaba.

—Otro narigón muerto —se dijeron los soldados.

El viejo Sergei pareció cobrar vida al ver el cadáver. La muerte le preocupaba.

—Qué sorprendido parece —dijo—. Se ve la sorpresa dibujada en su rostro. Solo ha tenido tiempo para arquear las cejas. O podría decirse que la sorpresa duró para siempre: nunca volvió a bajar las cejas.

Suspiró y añadió:

—Uno olvida que los cuerpos son tan blandos como para vivir en un mundo tan peligroso, más blandos que el queso al contacto con el cuchillo. ¿Por qué razón confiamos tanto los unos en los otros, viviendo en cuerpos tan blandos? Por supuesto que debemos confiar los unos en los otros; olvidamos que los hombres tienen el corazón duro como el acero, en cuerpos que son blandos. Si tuviéramos pieles de acero, nos atreveríamos a todo.

Seryozha escuchaba a su padre con interés, tocándose el pecho para convencerse de lo blanda que era la carne. Pero puso la expresión malhumorada y deliberadamente prosaica que suelen poner los hijos cuando sus padres se expresan de un modo que a los jóvenes les parece poco acorde con su vejez.

—Le han robado las botas —dijo Seryozha.

—Oh, es tan interesante —dijo el viejo Sergei, inclinándose ansiosamente sobre el muerto—, pensar que esta experiencia todos la viviremos. Todos, algún día, sabremos lo que es estar muerto.

—Este seguro no ha podido experimentarlo —observó Seryozha—. Ha debido ser tan rápida la muerte, que la experiencia ha terminado al empezar.

—¿Cómo lo sabes?

Pero el interés de Seryozha decayó. Realmente no creía que él personalmente fuera a morir nunca. Por eso mataba cosas

tan a menudo: pájaros, escarabajos, peces... porque no podía imaginar la muerte.

—Probablemente haya más de esos —dijo, y miró hacia la colina.

Los soldados eran más rápidos de vista que él. Y su perro también. Los soldados señalaron a su perro, metido hasta los hombros en la maleza, a medio camino de la colina. El perro, con las orejas estiradas hacia atrás y el hocico agitado, señaló dubitativo un par de montículos grises entre los matorrales.

Padre e hijo salieron de la choza de aleros caídos. Un nuevo chaparrón torrencial cayó sobre ellos.

El perro de Seryozha, con el pelaje mojado aplastado contra el cuerpo, parecía mucho más pequeño, mucho más flaco. Bajó de la colina para encontrarse con él y preguntarle por la inquietante maravilla de estos dos dioses humanos muertos.

Hasta ahora, el perro no sabía que los dioses podían morir, pero, como todos los perros, era perfectamente receptivo a las maravillas y, habiendo aprendido la lección de la mortalidad humana, no se sorprendía de ver caer muertos a todos los dioses a la vista.

Seryozha, que llevaba al hombro dos palas, al llegar donde estaban los cadáveres, las dejó caer al suelo.

El padre indicó tres puntos donde se habían de abrir las fosas para enterrarlos.

Fue un trabajo duro cavar, aunque esta tierra del norte, caliente en verano y helada en invierno, estaba ahora, bajo la lluvia, en su punto más blando.

Los soldados chinos permanecían muy cerca, observando con avidez, como si a cada palada fueran a descubrir un filón de oro. No se movieron hasta que Seryozha estuvo a punto de remover la tierra bajo sus pies. Para un chino, ver trabajar a un blanco es un espectáculo de gran interés.

—Preferiría enterrar a uno de ustedes —dijo Seryozha bruscamente al sonriente cabo—. No se necesitaría un agujero tan grande.

Todos los soldados rieron afablemente.

El viejo Sergei trabajaba débilmente con la pala. Mientras cavaba, pensaba con deliberado patetismo en los tres muertos y, enseguida, se echó a llorar.

—Sin duda —resopló—, tenían mujeres a las que amaban, y quizá también niños pequeños. Tal vez sus últimos pensamientos fueron la luz del sol filtrándose a través del bosque de la feliz Rusia, los oscuros árboles rusos a cuya sombra cortejaban a sus amores. Tal vez su último pensamiento fue un éxtasis: «He vuelto a encontrar mi Rusia...».

Los oscuros árboles de Rusia no significaban nada para Seryozha, que había tenido una infancia dura y polvorienta en el norte de China. Ni siquiera lo consideraba un exilio. Para él, la palabra exilio no era más que una queja amarga de sus padres.

Gruñó con indiferencia mientras cavaba, con el sudor goteando de su copete amarillo.

—Ustedes, los jóvenes, no tienen corazón —continuó el viejo Sergei, revolviendo con la pala unos terrones de tierra roja y extendiendo luego la mano para contemplar el patetismo de sus temblores seniles—. No tienen lágrimas para regar la tierra de Rusia que les vio nacer. Tú ni siquiera has adorado a Dios en uno de sus templos, en compañía de otros fieles de tu raza. A ti no te importa que estos tres hombres, que temían a Dios y a su divino Hijo, hayan muerto aquí abandonados, sin la bendición de un sacerdote.

—¿Por qué no los bendices tú, entonces? —preguntó Seryozha, enderezando la espalda—. Conoces muchas oraciones.

—¿Cómo podría? —exclamó el viejo Sergei, escandalizado—. Sería totalmente impropio de mí pronunciar las palabras de un sacerdote por mi boca.

Callaron. En silencio, sin más ruido que el de las palas contra la tierra y el agitado respirar del viejo, terminaron su misericordiosa y triste faena.

Las tres fosas estaban abiertas.

Los chinos los miraban con la boca abierta, como en trance.

Cuando el hijo agarró a uno de los cadáveres por los hombros y el padre por las piernas y lo acercaron a la fosa, el cabo chino les dijo:

—Vamos a registrarlos, no vayan a tener algo de dinero; sería una lástima enterrarlos con dinero.

—¡Malvado! —vociferó apasionadamente el viejo Sergei—. Es mucho más lamentable robar a los muertos. Los rusos consideramos sagrados a nuestros muertos. Enterraremos a estos hombres con los pocos y pobres tesoros que tienen.

Pero Seryozha dejó el cuerpo en el suelo y miró a su padre.

—Si no registramos a los cadáveres, estos infames aguardarán a que nos hayamos ido, los desenterrarán y lo harán igual, profanando las sepulturas. El sacrilegio será mayor. Mejor es que se convenzan de que no hay nada de valor.

—¡Sacrilegio, sacrilegio! —gritó el viejo—. ¡Ay de mí! Ustedes, los jóvenes, creen que siempre tienen razón. Gente desalmada. Yo no quiero ni presenciar el despojo.

Dicho esto, se alejó del grupo, desapareciendo entre las azaleas. Mientras lo hacía, volvió a emocionarse al imaginar a los pequeños hijos llorosos de los muertos, recogiendo flores en los queridos bosques de Rusia.

Los chinos se acercaron mucho a Seryozha mientras él se arrodillaba junto a un muerto, luego junto a otro y después junto al último. No llevaban dinero en los bolsillos; a uno de ellos le habían arrancado una cruz o un amuleto del cuello. Sus ropas estaban hechas harapos, sus gorros de piel, apollillados.

—Los nuestros son mejores —decían riendo los soldados.

Los asaltantes se habían llevado las botas de los tres rusos. En el bolsillo de uno de ellos, Seryozha encontró un comprobante de compra por una bicicleta; otro llevaba en el dedo meñique un anillo que podría ser de oro de mala calidad. La sortija estaba fuertemente apretada y, por un momento, Seryozha sudó frío cuando la mano del cabo chino se dirigió finalmente hacia su daga. A fuerza de dar vueltas, logró sacarla. En el interior tenía grabados dos pequeños corazones unidos y era muy ligera.

Todos lo miraron.

—Es el precio por dar un paseo en nuestro carro —dijo el cabo, riéndose de forma triunfal en la cara de Seryozha.

Lo tomó de la palma de su mano, como si quisiera examinarlo, y lo metió en su cartera.

Seryozha se quedó un momento pensando y luego llamó a su padre:

—El sacrilegio ya ha terminado.

—¡Oh, desalmados, desalmados! —gritó el viejo Sergei, aproximándose alborotado.

Padre e hijo llevaron al primer hombre a la tumba, y el viejo Sergei, llorando aún, iba a echar tierra en la zanja cuando Seryozha le agarró del brazo para detenerlo.

Su padre se quedó boquiabierto.

—¿Y entonces? ¿No vamos a enterrar a este pobre hombre?

Seryozha dijo:

—Pero no le echemos tierra en la cara.

Entonces, recapacitando, el chico se rió tímidamente.

—Oh, era solo una idea... —Le parecía que las caras eran vanidad, de alguna manera, y el barro, en cambio, tan feo—. Pongámosle hojas en la cara... Pongámosle flores a la vanidad de este pobre infeliz...

Había muchas flores. Amontonaron azaleas rosadas, escabiosas moradas, amapolas, grandes margaritas azules, lirios escarlatas y hojas de roble sobre la vanidad del muerto. Seryozha se avergonzó mucho de su arrebató. Se rió nerviosamente varias veces, tratando de pensar en algo cínico y adulto que decir para cubrir su error infantil.

—Ahora entonaré su bendición —dijo impudicamente—. No soy sacerdote, pero ¿qué importa? Tal vez no era cristiano. Adiós, hermanito, vete a buscar un paraíso en el cielo. Yo puedo trepar a un árbol sin escalera, así que puedes alcanzar tu cielo sin una plegaria. Beberé a tu salud, hermanito, un aguardiente japonés la próxima vez que pueda permitírmelo...

Lo dijo en un tono tan solemne que los chinos quedaron bastante impresionados.

—Eso sí que es una oración de un narizotas —dijo un soldado.

Pero, al ver el entierro de los otros dos, se sintieron bastante decepcionados. Sobre el segundo, Seryozha solo cantó:

—Hasta nuestro próximo encuentro, hermano.

Y sobre el tercero:

—Es tu turno de dormir también —mientras echaba mano a la última palada.

—Todo esto es un sacrilegio —dijo el viejo Sergei, que tenía bastante miedo del estado de ánimo chispeante de su hijo—. Vete un rato, Seryozha, y aleja de aquí a estos cerdos amarillos. Déjame que dedique a estos pobres muertos unas palabras de verdadero cristiano por su paz.

El mozo se fue con su perro y el viejo se arrodilló junto a las tumbas para orar.

Seryozha encontró en su camino un hormiguero, que destruyó con el pie, y aquel entretenimiento le hizo olvidarse de todo. Estas pequeñas cosas eran el encanto de su vida: el reflejo en un espejo convexo, un caballero entre las piezas de ajedrez de su padre, una ramita de perejil clavada en su pastel de pescado como un roble en un peñasco. Todos esos pequeños recuerdos perfectos de cosas ordinarias y poco manejables podían mantenerle arrobada la atención.

Y, además, le gustaba jugar en secreto con los niños misioneros, porque disfrutaba mucho construyendo elaboradas casas con sus bloques de madera. Aunque tenía dieciocho años, le resultaba difícil no perder los estribos cuando un misionero infantil y grosero derribaba a patadas una cuidada villa en la que cada escalera llevaba a alguna parte y había una chimenea en cada habitación.

Por eso le gustaba pensar que un nido de hormigas era un nido de pequeños Seryozhas, un espejo convexo encajado en la tierra roja.

Cuando tocó por primera vez el hormiguero, una especie de tembloroso manto de hormigas en enjambre se extendió instantáneamente sobre él, pero, tras unos segundos de pánico, cada hormiga recordó su deber, como un buen marinero en un naufragio, y fue a su lugar asignado: a buscar un huevo, a avisar a su reina, a custodiar los almacenes, a reabrir una puerta en ruinas...

«Suponiendo que hubiera un nido de perros —pensó Seryozha— que funcionara de este modo, qué alborotado, alegre e ineficaz... O un nido de leones, qué escurridizo y antidemocrático... O un

nido de hombres... qué tranquilo y fácil para los pobres hombres ser pequeños trozos de algo prefabricado, en lugar de preocupados creadores... Rendir lealtad a una fría reina en lugar de un padre y una madre viejos y quisquillosos...»

La lluvia barría el valle en ondas ventosas. La gorra del mozo, fabricada por su madre con unos retales de un vestido viejo, chorreaba agua, y el cartón azul que ella había puesto para dar consistencia a la visera goteaba un líquido que manchaba de añil el rostro del joven.

Era un muchacho ligeramente vanidoso y, al quitarse la gorra para intentar hacerla más digna de él, se disgustó al ver que el color se escurría. Sacó un pañuelo para secar su rostro y, al quitarse la gorra, se le cayó al suelo un billete de veinte sen, que en ella llevaba escondido.

El cabo chino, que acababa de llegar, provocaba a las hormigas con una nueva sacudida frenética. El cabo y Seryozha observaron cómo el trocito de papel moneda caía revoloteando sobre el nido de hormigas. Allí, por un momento, se agitó y giró extrañamente, flotando sobre el remolino de insectos que tenía debajo, y luego la lluvia lo empapó, lo aplastó y lo lastró.

Seryozha se rió, y el cabo también.

Seryozha recogió el billete, lo secó como pudo y volvió a guardarlo entre el forro de la gorra.

—Los narigudos llevan el dinero en la cabeza —dijo alegremente el cabo a sus subordinados.

Y mientras Seryozha echaba hacia atrás su mojado y amarillo mechón de pelo para cubrirlo con su gorra, cruzó la mirada con el cabo y supo inmediatamente que el chino estaba pensando:

«No hemos registrado las gorras de los rusos muertos».

El viejo Sergej se acercó murmurando algo sobre la inmortalidad. Sentía gran ternura por los desvalidos, que le atraían. En cambio, hacia los suyos, hacia quienes tenían algún derecho sobre él, sentía cierto despego.

En ese momento imaginaba la solitaria muerte y el solitario despertar de los tres rusos; si hubieran buscado su simpatía en vida, se las habría negado. Era más bondadoso con los perros perdidos

que con su esposa, y su propio hijo nunca le había parecido digno de aquel título conmovedor que tan a menudo le arrancaba lágrimas: niñito indefenso.

—Vámonos a casa —dijo—. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más pronto me dará el ataque de reuma y lo agravará.

—Es que esos infames soldados van a desenterrar los cadáveres para volver a registrarlos, buscando dinero —indicó el muchacho.

—Imposible... imposible —gritó, tembloroso una vez más, el viejo Sergei—. Nos vieron enterrarlos. Saben que nuestros amigos eran tan pobres como nosotros...

—Sí, pero se han acordado de que no han registrado las gorras —dijo Seryozha—. Vamos a hacer como que nos retiramos y volveremos para ver si realmente se han ido —indicó el joven.

Aunque, ahora que los muertos no estaban al alcance de la vista, le tenía muy sin cuidado lo que pudieran hacer con los cadáveres.

Padre e hijo se espidieron cortésmente de los soldados y enfilaron sus rostros apretados contra el viento lluvioso que salía al paso. Llegaron a la esquina y, antes de abordarla, se detuvieron un momento y miraron hacia atrás.

Los soldados, debilitados bajo los aleros del cobertizo, miraban a los rusos que se retiraban, sus rostros blancos ya diminutos y distantes, atravesando el aire como pequeñas gubias.

—Esos cerdos esperan a que nos alejemos para hacer un nuevo sacrilegio. Uf, qué cansado estoy de ver gente malvada —suspiró el anciano.

—Estoy harto de estar empapado —dijo Seryozha—. Mira, papá: dejémonos de chinos vivos y de rusos muertos, y regresemos a casa.

El viejo Sergei consideró con cautela esta propuesta. Sin embargo, fingió que volvía a casa.

El camino se acortaba lentamente, se dibujaba con demora en su imaginación. En ráfagas infinitesimales, el templo recién pintado junto al río rumbo a casa aparecía bruscamente en su mente.

El transbordador hizo su habitual, aunque impuntual, llegada después de avanzar aparentemente durante diez minutos en la dirección equivocada; ponis de caravanas imaginarias en la mente

del viejo, hacinados en la vieja barcaza de su visión, bufaban sobre los cuellos de sus compañeros de viaje humanos.

Las mujeres coreanas se acuclillaban en las proas con sus faldas semiinfladas por el viento. Toda esta algarabía gorjeaba en sus oídos soñadores: aquí estaba su hogar... Aquí estaba el hogar: la pequeña puerta, la ventana construida pulcra aunque rústicamente, como una incisión quirúrgica, el ir y venir ruidoso de Anna dejando caer alguna herramienta metálica en el patio trasero...

La mente de Seryozha, sin embargo, como si transitara un surco secreto, corrió más rápidamente hacia casa, aún más rápido que su perro, que ya estaba varios kilómetros más cerca de la cena que ellos.

Seryozha, que había llegado a la edad en que uno no es más que un bebé frágil encerrado en una cáscara de cristal de prudente madurez, se veía ya caminando noblemente por la calle del pueblo, observado con admiración por los niños chinos vecinos, especialmente por el pequeño Hu-Lien, de ojos maliciosos.

—Ahí viene el joven narigudo —diría—, que regresa de una aventura guerrera.

No es que los chicos chinos nunca admiraran a un amigo por semejantes motivos, pero el pobre Seryozha no tenía a nadie de su raza a quien impresionar, así que tuvo que inventárselo todo.

Y, una vez que empiezas a inventarte cosas, es mejor que te adulen a que te culpes a ti mismo.

—No —dijo el viejo Sergei—, pensándolo mejor, no iremos a casa de inmediato. No abandonaremos a nuestros amigos. Nos sentaremos aquí cinco minutos, escondidos al abrigo de esta roca, y luego miraremos atrás para ver si los soldados se han ido sin causar daño.

Estaban sentados, aplastados como lagartos contra la roca, hurgándose los dientes, aunque no había mucho que hurgarse, pues hacía seis horas que habían desayunado.

—Si subo por esa orilla en lugar de volver a la carretera —dijo Seryozha—, podré mirar directamente hacia las tumbas.

—Yo también subiré —dijo el viejo Sergei, a quien nunca le gustaba que le llevaran la delantera en algo.

Las noticias, por angustiosas que fueran, era mucho mejor darlas que recibirlas.

Subiendo la corta pendiente, peinaron con las piernas los matorrales húmedos y la hierba enmarañada y florida.

Doscientos metros más abajo, las figuras inclinadas de seis soldados se afanaban alrededor de una de las tumbas.

—¡Bandidos! —rugió el viejo, bajando precipitadamente desde su altura, con los brazos y las piernas alocados—. ¡Malditos cerdos! ¡Sacrílegos hijos de tortugas!

Seryozha daba saltos tras él, con el estómago dolorido por la excitación que le enardecía. Sus pensamientos se agitaban como una medicina en un frasco.

De una zancada, padre e hijo se arrojaron sobre los soldados. La pala de Seryozha entró en contacto plano y glorioso con las nalgas chinas que huían.

Un soldado se desplomó con la cara en el barro; se reincorporó hasta quedar sentado y agitó al aire sus brazos inútiles, profiriendo maldiciones, con la boca como un agujero rojo en una máscara de barro.

El viejo Sergei, estirando su largo cuello, permanecía de pie sobre la tumba abierta como un flamenco defendiendo su nido, vociferando maldiciones en ruso y chino.

El cabo, con la nariz ensangrentada, intentó ponerse a salvo y, en un gesto autoritario, a una distancia de unos treinta pies, se aferró a la frágil choza como si estuviera dispuesto a esgrimirla cual escudo en caso de ser atacado de nuevo. Gritaba a sus hombres que se alejaran.

Estaban ansiosos por hacerlo, pobrecillos, pero no se atrevían a dar la espalda ni un segundo a los rusos.

—¡Ya me las pagarán, perros! ¡No olviden que son unos sucios rusos, unos nadie! Nuestro general les dará una buena lección...

Empezó a sangrar de nuevo y entonces se metió unas hojas de girasol en la nariz para contener la hemorragia. Luego, todos montaron en el carro, arreando a los caballos y lanzando juramentos, insultos y palabrotas hasta que se alejaron.

Qué diferentes eran ahora las voces que despertaron a los caballos, de aquellas alegres juergas que habían dado a las pobres bestias licencia para pastar hacía una hora.

Un gruñido confuso y un conjunto de juramentos acompañaron la subida al carro. Un soldado, llorando estridente y ostentosamente, se tumbó sobre la paja de este, frotándose las magulladuras.

Seryozha les desafiaba, agitando en alto su pala y amenazándolos sonriente, sin contestar a sus insultos, aunque al mismo tiempo sintió una pequeña punzada al recordar su pacífica e ingenua jocosidad de hacía tan solo unos minutos.

Tuvo la sensación de haberse tomado demasiado en serio una locura.

—Nada es sagrado para estos cerdos... nada... —parloteó el viejo Sergei—. Incluso los honorables caballeros rusos... héroes, que han muerto en alguna insignificante causa china...

—Papá, no hagas caso. Para ellos, como para nosotros, lo único sagrado es la vanidad —dijo Seryozha.

Y, empezando a echar paletadas de tierra sobre el cadáver medio desenterrado, su padre añadió filosóficamente:

—Y cuando nos muramos... ¡adiós, vanidad! Maldita sea... así pues, ¿y qué?